

TROADES

El destino de los vencidos

Versión teatral de Las Troyanas
basada en las obras de Eurípides, Séneca y J.P. Sartre

Personajes:

HÉCUBA, reina de Troya.

TALTIBIO, heraldo y mensajero de los griegos.

CASANDRA, hija de Hécuba y Príamo. Sacerdotisa de Febo.

ANDRÓMACA, viuda de Héctor.

MENELAO, rey de Esparta.

HELENA, esposa de Menelao y Paris. Causante de la guerra.

NEOPTÓLEMO, Hijo de Aquiles.

AGAMENÓN, Caudillo principal de los aqueos, y hermano de Menelao.

ULISES, rey de Itaca.

ASTANAX, Hijo de Héctor y Andrómaca.

MUJERES TROYANAS CAUTIVAS.

SOLDADOS, del ejército aqueo.

Monólogo femenino

HÉCUBA:

¡En pie! Pobre vieja, levanta tu frente del suelo, endereza tu cuello roto, yergue tu cabeza... ¡Ya no existe Troya, ni la reina de Troya! La suerte cambia; aprende paciencia. ¿De qué sirven las penas? ¿Por qué vivir contra la corriente? ¡Abandónate a ella! ¡Déjate llevar! El destino te arrastra. ¡Déjate llevar! (*Le falta el valor, y vuelve a sus lamentos.*) No, no puedo resignarme. Dolores, ¡ay! dolores míos. ¡No hay dolor en el mundo que no sea mío! Reina yo, me casé con un rey. Le di los hijos más hermosos. La lanza griega me los ha matado uno tras otro. Y Príamo, mi marido, mi rey, yo estaba allí cuando le degollaron; he visto su garganta abierta y su sangre que brotaba de ella. A mis hijas las he criado para acompañar a los más grandes reyes del Asia y ahora servirán como esclavas. ¡Oh, raza mía, vela hinchada de gloria que ondeaba al sol! El viento sopla y tú te derrumbas... no eres nada, exuberante riqueza de mis abuelos. Pero ¿por qué llorar por las ruinas de una ciudad destruida? Troya es ya un mal viejo. Ahí yace, arde entre montones de ruinas: Troya es saqueada mientras arde. ¿Qué debo decir? ¿Qué debo callar? ¿Por quién o por qué llorar? (*Pausa.*) Hablo demasiado, pero no puedo callar y el silencio no vale más que las palabras. ¿Llorar? Ya no tengo lágrimas. Habría que tirar este cuerpo al suelo y que sufriese su dolor sin ruido... (*Está a punto de arrojarse al suelo, pero se arrepiente y se yergue.*) ¡No! Los desdichados están solos en el mundo pero les queda la voz para cantar. Cantaré. Navíos, hermosos navíos, hace diez años, ¿a dónde iban? Iban a buscar a la griega infiel, Helena, esposa de Menelao y llevaban consigo la muerte a los troyanos. Navíos, hermosos navíos, han fondeado nuestros puertos y hombres de hierro han saltado de nuestros puentes hace diez años. Hoy, se marchan, y me llevarán a mí, con el rostro desecho, la cabeza rapada serviré en casa ajena... ¿Era necesario destruir a un pueblo, sumir estas mujeres en el duelo y la humillación por la gloria de llevarse a Helena? Helena, la vergüenza de Grecia. Sin embargo no basta todo esto a los vencedores: ahora van sorteando las nueras y las hijas de Troya; a sus nuevos dueños y detrás iré yo, como botín de poco valor. (*Da unas cuantas palmadas.*) ¡En pie! Viudas troyanas, vírgenes de Troya, novias de los muertos, miren esas piedras que echan humo y se ennegrecen, ¡Troya está en llamas! Mírenlas por última vez, golpeen sus pechos con los puños en señal de duelo, démosle a Troya el funeral que ella merece y lloremos sobre nuestra suerte...

Escena hombre y mujer

TALTIBIO: (A *Hécuba*.) ¿Me reconoces, noble señora? Sí, soy yo, Taltibio, mensajero del ejército griego. A menudo, traspasé las puertas de tu ciudad para entregar los mensajes de nuestros generales. Me han encargado hacerte una comunicación oficial; ya su suerte se ha decidido.

HÉCUBA: ¿A dónde vamos?

TALTIBIO: Cada una con su amo.

HÉCUBA: ¿Cuáles serán los amos? Di, ¿qué será de nosotras? ¿dónde nos llevan? ¿hay siquiera una entre nosotras, solo una, que tenga un poco de suerte?

TALTIBIO: Puedo responderte. Pero no lo preguntes todo a la vez.

HÉCUBA: Está bien. (Pausa.) ¿Casandra?

TALTIBIO: Precisamente, está entre las más afortunadas. Agamenón quiere a tu hija.

HÉCUBA: ¡Servirá a Clitemnestra! ¡Que asco!

TALTIBIO: ¡Nada de eso! El rey de reyes la toma por concubina.

HÉCUBA: ¿Por concubina?

TALTIBIO: Digamos que habrá matrimonio... Pero secreto.

HÉCUBA: Ya veo. Sabes que pertenece al sol. A él solamente y que el dios de los cabellos de oro exige que permanezca virgen.

TALTIBIO: ¡Precisamente! Lo que atrae en ella al rey de los griegos es su virginidad sagrada de profetiza.

HÉCUBA: ¡Arroja las llaves del templo, pobre niña! ¡Arráncate las ínfulas sagradas! ¡Cubre de polvo tus cabellos!

TALTIBIO: ¡No es para tanto! Compartir el lecho de un gran rey no está tan mal, después de todo...

HÉCUBA: ¿Y Políxena? ¿A quién la entrega la suerte?

TALTIBIO: A Aquiles.

HÉCUBA: Aquiles está muerto.

TALTIBIO: Su servicio la une a la tumba de Aquiles.

HÉCUBA: ¡Extraña costumbre de los griegos! ¿Di a luz, una hija, para ponerla al servicio de una tumba?

TALTIBIO: Felicita a tu hija, ella encontrará la paz.

HÉCUBA: ¡Ah! (*Pausa.*) ¿Y Andrómaca?

TALTIBIO: La mujer de Héctor, es bocado selecto. Se la adjudicarán a Neoptólemo, hijo de Aquiles.

HÉCUBA: ¿Y yo?

TALTIBIO: Serás esclava en casa de Ulises.

HÉCUBA: ¡No! ¡No! Con él, no. ¡Es ese perro! ¡Le escupo! Ese monstruo con dos lenguas que atiza la discordia y el odio donde antes reinaba la amistad. ¡Ulises! Troyanas, ¡lloren por su reina!

Monólogo femenino

CASANDRA: ¡Llama, llama ligera, álzate, danza, viva y sagrada, yergue tu orgullo bajo el cielo negro, danza en torno a mi antorcha, sube recta y flexible, aire arriba! ¡Himen, Himeneo! ¡Bendito el esposo! ¡Y a mí, Virgen del sol, bendíganme dioses, futura esposa de un gran rey! (A *Hécuba*.) Toma la antorcha madre, guía el cortejo. ¿Qué sucede? ¿A quién lloran? ¡Ah, si...! Mi padre, mis hermanos... Demasiado tarde... Voy a casarme. ¡Gozo, gozo! ¡Lágrimas de alegría! Toma. (Le ofrece la antorcha.) ¿No quieres?... Está bien. Yo llevaré el fuego. ¡Himen, Himeneo! ¡Me tomará un griego! ¡Cuánta antorcha! ¡Todo arde! Hacen falta mil soles para alumbrarme cuando entre, Virgen sagrada, en el lecho de un enemigo. Salta, llama. Más alto, más alto, hasta el cielo. ¡Evan, Evoé! ¡Y tú, madre entra en la danza! ¡Vamos! ¡Al compás! Danza por complacerme. Troyanas, ¿dónde están vuestras galas de fiesta? ¡Hay que gritar de gozo! ¡Canten conmigo, canten! ¡Me creen loca! Escúchame, madre. Debes alegrarte por mis regias nupcias, y si el corazón me falla empújame allí, a los brazos de Agamenón, nuestro lecho nupcial será su lecho de muerte. Helena ha hecho matar griegos a millares ante nuestros baluartes. Yo les haré más estrago. Casandra será su plaga. ¡Por mí, por mí, su casa se va a hundir! Arruinaré su raza. Como él ha arruinado la nuestra. ¡Cesa de llorar: ha llegado el momento de reír! ¡Reír con locura! ¡Te anuncio que mi padre y mis hermanos serán vengados! ¡El hacha! ¡Así! ¡En pleno cráneo! No estará en mis manos, más te aseguro que sangrará. (Con alegría.) ¡Oh, El rey de Reyes cómo va a sangrar! A mí me cortarán el cuello. Nuestro matrimonio será el infierno, rey de reyes, generalísimo, no cuentes con un entierro al sol. Te tragará la noche... ¡Himen, Himeneo! (Como en un trance.) Arrojarán tu cuerpo a un barranco. Cerca de mi cadáver desnudo y los buitres nos comerán juntos, a ti, el rey, a mí, la sacerdotisa de Apolo, unidos en la muerte por los picotazos de las mismas aves de rapiña. (Volviendo a la realidad.) ¡Himen, Himeneo!! (Pausa.) Mucho tiempo después, el hijo matará a su madre y huirá perseguido por las furias. ¡Acabáronse los atridas! ¡Nunca se volverá a hablar de ellos! No diré más. (Pausa. A *Taltibio*.) ¿Qué esperas? ¿Dónde debo embarcarme? ¡Soy la muerte! Pongan una bandera negra en el palo mayor del barco que me lleva. Adiós, madre mía. Cálmate. Pronto vas a morir. Y ustedes hermanos que duermen bajo la tierra, ya voy, llegaré a ustedes victoriosa, a la cabeza del cortejo condenando a los Atridas que nos mataron y que van a degollarse unos a otros. ¡Himen, Himeneo! (La arrastran.) ¡Himen, Himeneo! (Se va. *Hécuba cae al suelo*.)

Escena 2 hombres

- NEOPTÓLEMO:** *(A Agamenón.)* Cuando más dispuesto estabas a regresar, y confiabas alegre tus velas al mar, pero se te pasó Aquiles, cuyas manos fueron las que realmente derribaron a Troya.
- AGAMENÓN:** Aquiles aun siendo vencedor, sintió el horror de su obra y muy tarde aprendió que también, los hijos de una diosa, mueren.
- NEOPTÓLEMO:** ¿Es que son pocos sus méritos? Mi padre llevó a cabo grandes guerras cuando solo se preparaba para esta. Misia, Tebas, Lirnesos, Crisa, tantas ciudades destruidas, para cualquiera constituirían la gloria y honra suprema. Tratándose de Aquiles fueron solo el camino. *(A Agamenón.)* Puede que no quieras dar lo que se te pide pero tarde o temprano lo vas a dar. Tú estás en deuda con Aquiles, ya todos los jefes se han llevado su recompensa. Si es que estimas sus méritos, confíele la paga como corresponde.
- AGAMENÓN:** Nadie ha conseguido retener el poder basado en la violencia por mucho tiempo; el moderado, perdura. El no poder gobernar los impulsos es un vicio de juventud. A otros los arrastra la fogosidad de la juventud; a Neoptólemo lo arrastra, la fogosidad de su padre. *(Pausa.)* ¿Cuánta arrogancia y orgullo ha producido en tu pecho la caída de Troya?
- NEOPTÓLEMO:** Nos levantamos ahora victoriosos, aquí donde Troya cayó. ¿Aún se duda? *(Pausa.)* ¿Lo que antes te había parecido bien, ahora lo repruebas de repente y consideras inhumano sacrificar la hija de Príamo? En cambio, tú, a una hija tuya, se la inmolaste a Helena.
- AGAMENÓN:** *(A Neoptólemo, desviando el tema.)* ¿Por qué tratas de manchar con una cruel matanza la noble sombra de tu ilustre padre? Lo primero que hay que aprender en la guerra es lo que debe hacer el vencedor, y qué es lo que debe soportar el vencido. Yo quise que los frigios fuesen abatidos y vencidos, lo confieso. Ojalá hubiese yo impedido que fuesen arruinados y arrasados.
- NEOPTÓLEMO:** Todo aquello que ha podido parecer indigno e inhumano, lo hicieron el rencor y la cólera, y la espada viciosa, que una vez ha probado sangre, enloquece de pasión.
- AGAMENÓN:** Ya se han aplicado castigos suficientes a los frigios. No voy a consentir que una muchacha de la familia real perezca y sea dada en ofrenda a una tumba y a la atroz fechoría de un asesinato la

llamen boda. Sobre mí revierte la culpabilidad de todos: el que no impide una mala acción pudiendo hacerlo, la ordena.

NEOPTÓLEMO: ¿Es que los manes de Aquiles no van a obtener ninguna recompensa?

AGAMENÓN: La obtendrán y su grandioso nombre lo oirán tierras desconocidas. Y, si sus cenizas se reconfortan con un derramamiento de sangre, que se sacrifiquen rebaños frigos y que fluya una sangre que no arranque llantos a ninguna madre.

NEOPTÓLEMO: Como siempre, ya llevas el pecho inflamado por una nueva pasión. *(Se abalanza sobre Agamenón, que permanece incólume.)* ¡Tirano de Reyes, con esta diestra devolveré a Aquiles la víctima que es suya! Y, si tú se la niegas, le ofreceré una más grande y digna. Además hace ya demasiado tiempo que mi mano no se ocupa en dar muerte a un rey y Príamo está reclamando un compañero.

AGAMENÓN: Por supuesto, la mayor honra de Neoptólemo en la guerra es haber dado muerte a Príamo, mientras elevaba sus súplicas de padre.

NEOPTÓLEMO: Príamo vino a rogar cara a cara.

AGAMENÓN: ¿Y por qué tu diestra le quitó la vida?

NEOPTÓLEMO: *(Adelantándose a la respuesta de Neoptólemo.)* El que es compasivo habrá de dar muchas veces la muerte en lugar de la vida.

AGAMENÓN: Y ahora él por compasión, reclama una Virgen para la pira funeraria.

NEOPTÓLEMO: ¿Es que ahora consideras un crimen inmolar a las vírgenes?

AGAMENÓN: Anteponer la patria a los hijos es para un rey un deber.

NEOPTÓLEMO: Ninguna ley perdona al cautivo o impide su castigo.

AGAMENÓN: Lo que no prohíbe la ley lo prohíbe el honor.

Escena 2 mujeres

HÉCUBA: ¿A dónde te llevan?

ANDRÓMACA: A casa de mi amo.

HÉCUBA: ¡Desdicha! ¡Oh, desdicha!

ANDRÓMACA: ¿Por qué gimes? Esta desdicha es MÍA.

HÉCUBA: Es nuestra.

ANDRÓMACA: No.

HÉCUBA: ¿No son mis hijos?

ANDRÓMACA: Lo éramos.

HÉCUBA: Llevo luto por todos mis hijos.

ANDRÓMACA: Yo solo por Héctor.

HÉCUBA: Lloro por nuestra ciudad que arde.

ANDRÓMACA: Lloro por la ciudad de Héctor.

HÉCUBA: Por nuestra Casa Real. Arde, se ha quemado, ya no queda nada.

ANDRÓMACA: Por culpa tuya. Tú diste a luz a París, el aventurero. Los dioses sabían que era un monstruo. Te dieron orden de matarlo. No lo hiciste. Este es tu castigo, y nosotros, los inocentes, sin tener arte ni parte en tu falta, compartimos el castigo. Puedes estar orgullosa: por amor a una mujer... -¿era amor?- Tu hijo ha hecho caer a Troya. Palas ríe de gozo. Al pie de su estatua yacen los cadáveres de nuestros hombres que sirven de alimento a las aves de rapiña y nosotras somos esclavas.

HÉCUBA: ¡Príamo!, esposo mío, señor mío, ¡sal del Hades! ¡Di a Andrómaca que miente! ¡Ven a protegerme!

ANDRÓMACA: Héctor, mi hombre, que te has sacrificado para nada, noble víctima de los crímenes de tu hermano, ven a salvarme o a vengarme. *(Logra dominarse. Con más suavidad, pero sin cariño.)* Vieja, yo no te

quería, nunca fuiste buena conmigo. Pero te compadezco de todo corazón. (*Pausa.*) Políxena ha muerto.

HÉCUBA: ¡Políxena ha muerto! ¡Que cobarde soy! Eso fue lo que Taltibio quiso decirme; y no tuve el valor para comprender... ¿Muerta? ¿Cómo?

ANDRÓMACA: Degollada sobre la tumba de Aquiles. (*Pausa.*) Vi su cuerpo y bajé del carro para cubrirla con mi velo negro.

HÉCUBA: Degollada sobre una tumba. ¡Como una cabra, como un buey! ¡Muerte infame!

ANDRÓMACA: Infame, no. Ha muerto, eso es todo. Ella es más feliz que yo que aún vivo.

HÉCUBA: Hija mía, ¿qué dices? Sabes bien que la muerte es el vacío. En la vida más miserable, al menos queda la esperanza.

ANDRÓMACA: ¡Que ansia tan rabiosa de vivir! Tú sabes bien que todo lo has perdido; han muerto tus hijos y tu vientre es demasiado viejo para engendrar otros. No. Ya no hay esperanza. ¡Mejor así! Sí. La muerte es el vacío; la calma eterna. ¡Escucha! Cumplí perfectamente mi papel de mujer y de madre, no deseaba otra cosa que la dicha, para Héctor y para mí la fama de esposa perfecta. ¡Ay, lo que fue mi gloria es hoy mi perdición! El rumor de mis virtudes ha llegado hasta los griegos; el asesino de Héctor deja un hijo, Neptólemo, que me reclama para su lecho. ¡No quiero! ¡No quiero que el rostro amado se borre de mi memoria! Solo me inspira asco la mancha de esa nueva carne sobre mi piel. Y yo...¿Tendré que despreciarme a mí misma? ¿Que ir a mendigar las caricias de mi nuevo marido? Héctor, te amaba, te amo; no he conocido más hombre que tú. Amaba tu fuerza, tu valor, tu cordura... amaba tus manos sobre mi cuerpo. Impídemme gemir bajo otras manos. ¡Ah!, demasiado feliz Políxena, asesinada pero Virgen; ¡llévenme, escóndanme, mi cuerpo me da horror y lástima! (*A Hécuba.*) ¡Embustera! ¿La vida, dices tú, es la esperanza? Pues, mírame..., yo vivo y la esperanza ha muerto porque sé lo que me espera.

Escena hombre y mujer

TALTIBIO: *(Se acerca a Andrómaca.)* No me odies.

ANDRÓMACA: ¿Qué?

TALTIBIO: No soy más que un mensajero. Con vergüenza y dolor te comunico las decisiones de mis superiores.

ANDRÓMACA: Habla claro. ¿Por qué titubeas?

TALTIBIO: Tu hijo...

ANDRÓMACA: ¿Nos separan?

TALTIBIO: En cierto modo... sí.

ANDRÓMACA: ¿No tendremos el mismo dueño?

TALTIBIO: Él no tendrá dueño alguno.

ANDRÓMACA: ¿Lo abandonan aquí?

TALTIBIO: No quiero hacerte sufrir.

ANDRÓMACA: No quiero tu lástima. ¡Termina tu trabajo, lacayo!

TALTIBIO: Lo van a matar. *(Pausa. Andrómaca abraza estrechamente a su hijo y le mira. Taltibio Continúa con precipitación.)* Es Ulises. Ha dicho ante la asamblea de los griegos: "Si dejamos con vida al príncipe heredero de Troya, al hijo de Héctor, vamos al encuentro de grandes dificultades". La asamblea le ha dado la razón. *(Pausa.)* No le abracés tan fuerte. Dámelo. *(Ella se resiste y se aparta.)* ¡Vamos! ¡Dámelo! ¿Qué puedes hacer? Tu ciudad, tu marido desaparecieron de la tierra. Tú estás en nuestro poder. ¿Tendremos que arrancártelo? ¿Crees que el Ejército griego no es capaz de doblegar a una mujer? Obedece las órdenes. Mantén tu dignidad en la desdicha. ¡Dioses, ¿qué habrá que hacer para que nos dejen tomar a ese niño?! Escucha: no atraigas sobre ti el odio. Si irritas a los militares, dejarán su cadáver a los buitres. Si cedés, te considerarán y puede que te permitan enterrarlo.

ANDRÓMACA: *(A los soldados.)* ¡No lo toquen! Se los entregaré. Solo un momento. *(Los soldados se apartan sin dejar de mirarla.)* ¡Hijo mío! Me vas a

dejar, vas a morir. ¿Sabes por qué? Tu padre era demasiado grande, sus virtudes serán la causa de tu muerte. El año pasado, me mintieron. Me dijeron que llevaba en mi vientre al futuro rey de Troya, y di a luz a una pobre víctima. He dado a los griegos un mártir. ¿Lloras? ¿Te agarras a mis ropas con los deditos crispados? ¿Acaso adivinas tu suerte? (*Bruscamente.*) ¡Sal de la tierra Héctor! ¡Vuelve a tomar tú lanza! ¡Aplástalos! ¡Salva a tu hijo! (*Pausa.*) No vendrá. Estamos solos los dos, tesoro mío, no soy fuerte y no podría defenderte por mucho tiempo. Te van a llevar te arrojarán de cabeza desde lo alto de la muralla. (*Da un grito.*) ¡Ah! (*Pausa.*) ¡Cuerpo, cuerpo querido, todavía vives y hueles tan bien! (*Le besa.*) Estaba orgullosa cuando te amamantaba. Si hubiera sabido, hubiese preferido ahogarte al nacer. ¡Abrázame! ¡Aprieta fuerte! ¡Aplasta tu boca contra la mía! (*Se yergue.*) Hombres de Europa, desprecian a África y a Asia y nos llaman bárbaros, creo, más cuando vanagloria y codicia los lanzan sobre nosotros, saquean, torturan, asesinan. ¿Quiénes son los bárbaros entonces? Y luego, están orgullosos de su humildad. ¿Dónde están? Ninguno de nosotros su hubiese atrevido hacerle a una madre lo que ustedes hacen conmigo. ¡Bárbaros! ¡Salvajes! ¡Asesinan a mi hijo por culpa de una ramera! (*Los soldados le arrebatan al niño.*) ¡Malditos todos! ¡Y malditos los hijos de Ulises! ¡Caiga sobre mí toda la vergüenza porque no tengo fuerzas para proteger a mi hijo!

TALTIBIO:

(*A los soldados.*) Llévenselo. Nos encontraremos en la muralla. (*Para si.*) ¡Misión repugnante! Hubieran podido enviar a otro porque yo tengo corazón. Pero así es la guerra.

Monólogo femenino

HELENA: No hacía falta usar la violencia, esposo mío, para traerme hasta aquí. Te había visto y venía corriendo. Pienso que me odias. Y yo, te estaba esperando. No has cambiado. *(Pausa.)* ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Qué va a ser de mí? Está bien, has elegido la muerte. Que se cumpla tu voluntad. Pero antes déjame explicarte. *(Va a colocarse frente a Menelao.)* No apartes la vista. Mírame. Ten el valor de mirar a tu víctima. ¿Sabes que sería un crimen matarme? Adivino las acusaciones que se hacen contra mí, y voy a responder a todas ellas punto por punto. Tú, sé hombre, y aunque mis razones te parezcan malas o buenas, escucha y responde. *(Pausa.)* ¿Quieres una culpable? Ahí la tienes, la vieja. Ella es la primera causante de este enredo. Paris salió de su vientre, los dioses sabían que ese rufián desataría una guerra... ¡Y qué guerra! Y le ordenaron matarlo, pero no lo hizo. No, ni ella ni su cómplice el rey Príamo. Todo proviene de ese error. Veinte años más tarde, tres diosas lo tomaron por juez: “¿Cuál de nosotras es la más bella?” ¿Sabes qué le ofreció Palas para comprar su favor? Toda Grecia, y con el apoyo de Atenea la hubiera conquistado de un golpe. ¿Y Hera? Le ofreció Asia y los confines de Europa. Afrodita no prometió nada; sólo me describió. Ganó. ¿Yo, una simple mortal, resistir a la diosa Afrodita? ¿Por qué me marché? Me he preguntado eso muchas veces. Y la respuesta siempre es la misma: “No lo sé. Fue otra la que huyó con Paris” Afrodita estaba escondida en tu Palacio invisible detrás de Paris: sencillamente me llevaron... Escucha esposo mío: mientras vivió Paris, Afrodita me encadenó a él. ¡Imposible romper aquellos lazos odiosos y sagrados! Una vez murió, hice lo imposible por ir a reunirme contigo. De noche subía a la muralla y ataba cuerdas a las almenas. Quería deslizarme hasta el suelo y correr hasta las tiendas griegas, hasta ti. Los centinelas pueden dar fe porque ¡hay de mí! Siempre me detuvieron. Paris, me raptó a la fuerza y me tenía prisionera, contra mi voluntad, contra la tuya, contra la de los troyanos. Esta es mi historia ¡soy presa del destino! Raptada, casada a la fuerza como un hombre detestado, retenida a pesar mío en una ciudad extranjera... Odiada por los griegos, detestada por los troyanos. Di, esposo mío, ¿tienes tu derecho a hacer que me maten? ¿A mí que he sido llevada a Troya por una orden superior? Si no me restableces mis privilegios en nuestro lecho y sobre tu trono, insultarás a los dioses. Te lo suplico, Menelao esposo mío, mi querido rey, perdóname. Yo no he hecho nada. Sí, ya lo sé, te hice sufrir a ti. Pero fueron los dioses, Afrodita ha traficado conmigo, lo sabes de sobra. ¡Oh, belleza, belleza, mi gloria! Te has convertido en mi vergüenza. En este negocio, la víctima, soy yo. ¡Perdona, te lo suplico, perdona!

Monólogo femenino

HÉCUBA: *(Pausa. Toma en sus brazos el cuerpo de Astyanax.)* Griegos vanidosos, no deberían sentirse embriagados de orgullo con sus proezas. Héctor ha muerto. Murieron todos los troyanos. Quedaba un niño, uno solo, ¡sin fuerzas y que apenas sabía hablar! Y les dio tanto miedo que perdieron la cabeza. Aquí sobre esta tierra muerta, en medio de las columnas rotas quedará una tumba con este epitafio: “yace aquí, asesinado, el niño que aterró a Grecia”. *(Se inclina sobre Astyanax.)* ¡Querido niño mío! ¡La muerte ha llamado a tus puertas sin piedad! Se hubieses caído por la patria, después de haber gozado de la juventud, del amor y de la realeza que nos iguala a los dioses, hubiera sido feliz, si es que existe la felicidad. Ahora, querido niño, has muerto sin haber vivido. Tus manos. Siempre decía yo: “tendrá las mismas manos de su padre” ahora inertes, dislocadas, no volverán nunca a ser manos. Ya no alientas, boca querida, que pronunciaste tantas gracias infantiles. Pobre cabeza, las piedras de nuestros viejos muros la han roto. ¡Odio el rojo rebrincar de la sangre que brota de tu cráneo hecho pedazos! No serás tú quien conduzca el cortejo fúnebre a mi tumba, ahora soy yo, tu abuela, quien te llora. Tu abuela sin patria y sin hijos, quien dará sepultura a tu joven y pobre cuerpo. De noche entraba yo a tu recámara a mirarte dormir. Tantas caricias, tiernos cuidados sueños en que yo te contemplaba, todo ha terminado para mí. Tantas preocupaciones, tantos cuidados para nada, como siempre para nada. Mujeres, busquen en las tiendas lo poco que aún poseemos para donar este cuerpo. *(Unas cuantas mujeres entran en las tiendas. Hécuba atiende a Astyanax sobre el escudo.)* La suerte no nos permite hacerlo con brillantez; pero recibirás los objetos que podemos ofrecerte. Voy a vendar tus heridas. Triste médico que no cura, tu padre se encargará de lo demás en la morada de los muertos. Los muertos se burlan de las ricas ofrendas, son la vanagloria de los vivos. La madre de tu padre coloca sobre ti estos ornamentos, restos de los bienes que te pertenecía. La maldita Helena de los a quitado y ha puesto fin a tu vida. *(A los soldados de Taltibio.)* ¡Vamos, depositen este cuerpo dentro de su triste tumba! *(Los soldados se llevan el cadáver en el escudo.)* ¡Adiós! ¡Cruel tormento! ¡La tierra va a recibirte, niño querido! *(Se alza violentamente.)* Siempre me aborrecieron, dioses salvajes. Hoy, sufrimos en el infierno mientras ustedes ríen en el cielo. Pero se han equivocado, debieron habernos destruido con un temblor y que nos tragara la tierra, ¡y nadie hablaría de nosotros! Dentro de dos mil años nuestro nombre seguirá estando en boca de todos, y reconocerán nuestra tierra. ¡Y ustedes no podrán hacer nada para evitarlo! Porque habrán muerto con nosotros... ¿Qué hacen? ¿Por qué no me matan con un rayo? *(Pausa.)* ¡Cobardes!